



HORARIO DE OFICINA

Martes, jueves y viernes:

8.00-12.30; 13.30-15.00

Miércoles: 17.00-20.00

MISAS

Todos los sábados

18.45 St. Maria, Schaffhausen

Domingos 1^o, 3^o y 5^o

10.30 Klösterli, Frauenfeld

12.15 St. Stefan, Kreuzlingen

Domingos 2^o y 4^o

9.30 Galluskapelle, Arbon

11.15 St. Stefan, Amriswil

CONFESIONES

Concertar cita con el Sacerdote

Pinceladas

“Permaneced, pues, en estos sentimientos y seguid el ejemplo del Señor, firmes e inquebrantables en la fe, amando a los hermanos, queriéndoos unos a otros, estando atentos unos al bien de los otros, no despreciando a nadie. Y cuando podáis hacer bien a alguien, no os echéis atrás”.

San Policarpo



No todos los evangelios narran la institución de la Eucaristía. San Juan, que dedica varios capítulos a la Última cena no menciona las palabras de la institución de este sacramento fundamental en la vida de la Iglesia. Sin embargo, el capítulo 6 está casi enteramente dedicado al discurso sobre el pan de vida.

En este importante discurso, Jesús pronuncia unas palabras que escandalizaron a los oyentes: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida” (Jn 6,54-55).

En el evangelio que leemos hoy escuchamos la reacción a esas palabras: muchos discípulos de Jesús se escandalizan, preguntándose cómo se puede comer la carne de un hombre y beber su sangre. Y como consecuencia, muchos dejaron de seguirle, abandonaron el camino, la llamada a acompañar al Maestro.

El problema se agrava aún más porque esas críticas no se traducen en un diálogo con el mismo Jesús, sino que se quedan en murmuraciones. Por eso el Maestro interviene para explicar que la vida cristiana solo es posible si se confía en Dios: “ninguno puede venir a mí si no se lo ha concedido el Padre”.

El mensaje cristiano, el encuentro con Jesucristo, es piedra de escándalo, algo que rompe nuestros esquemas de confort y organización de vida. La redención es posible si nos dejamos salvar, si aceptamos ser parte del Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia.

Y eso se concreta en la Santa Misa, “centro y raíz de nuestra vida interior”.

Lo más grande que podemos hacer cada día es participar en el santo sacrificio del altar. En una ocasión, el Papa Francisco recordó que “nutrirnos de Jesús y vivir en Él mediante la Comunión eucarística, si lo hacemos con fe, transforma nuestra vida, la transforma en un don a Dios y a los hermanos. (...) El Cielo comienza precisamente en esta comunión con Jesús” (Angelus 16-VIII-2015).

Finalmente, Jesús se dirige a los doce, preguntándoles: “¿También vosotros queréis marcharos?”. Es interesante que a pesar de que supiera quiénes creían y quiénes eran incrédulos, pregunte directamente a los apóstoles sus intenciones, que interpele su libertad.

Podemos hacer nuestra la respuesta de Pedro: Señor, ¿a quién iremos?, ¿qué más podemos hacer si no seguirte? En la relación contigo, vivida especialmente en la comunión eucarística, encontramos la fuente de nuestra alegría y el motivo de nuestra existencia.



San Agustín

Este gran santo, considerado como uno de los Padres de la Iglesia, forma parte también de la lista de los 36 doctores de la Iglesia. Es patrón de “los que buscan a Dios”. Fue un brillante orador, filósofo y teólogo, autor de célebres textos de teología y filosofía, entre los que se encuentran las “Confesiones” y “La ciudad de Dios”. Sirvió a la Iglesia como sacerdote y obispo.

San Agustín de Hipona nació el 13 de noviembre de 354 en Tagaste, actual Argelia. Su madre fue Mónica, una mujer cristiana de probada virtud que llegaría a ser santa por su abnegación y perseverancia.

Durante su juventud, Agustín se entregó a una vida libertina e inmoral. Abrazó diversos tipos de doctrinas y creencias, hasta que conoció a San Ambrosio, obispo de Milán, cuyo testimonio le dejó impresionado.

Un día, cuando Agustín estaba en un jardín, escuchó la voz de un niño que le decía: “Toma y lee, toma y lee”. El santo abrió al azar una Biblia y se encontró con el capítulo 13 de la carta de San Pablo a los Romanos: **“Nada de comilonas ni borracheras; nada de lujurias y desenfrenos...revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus deseos”** (Rom 13,13-14). Aquel texto afianzó su proceso de conversión y desde ese momento resolvió permanecer casto y entregar su vida a Cristo.

A los 33 años, Agustín fue bautizado. Ese mismo año, la muerte de su madre marcó a Agustín para siempre.

Ordenado sacerdote, y cinco años después, obispo, gobernó la diócesis de Hipona por 34 años combatiendo las herejías de su tiempo y predicando el Evangelio.

Enfermó gravemente en agosto de 430, y el día 28 de ese mes falleció. Su cuerpo fue enterrado inicialmente en Hipona, y posteriormente trasladado a Pavia, Italia. Fue canonizado por aclamación popular, ya que la costumbre de la canonización papal aún no había surgido. El Papa Bonifacio VIII, en 1298, lo proclamó doctor de la Iglesia.



Santa Mónica

Santa Mónica nació en Tagaste, a unas 60 millas de la ciudad de Cartago, en el año 332. Sus padres encomendaron la formación de sus hijas a una mujer muy religiosa y estricta en disciplina. Ella no permitía que tomaran bebidas entre horas pues les decía: “Ahora cada vez que tengan sed van a tomar bebidas para calmarla. Y después cuando sean mayores y tengan las llaves de la pieza donde está el vino, tomarán licor y esto les hará mucho daño”. Mónica, ya mayor, empezó a ir a escondidas al depósito y cada vez que tenía sed tomaba un vaso de vino. Un día regañó fuertemente a un obrero y éste le gritó ¡Borracha! Desde ese momento se propuso no volver a tomar bebidas alcohólicas. Pocos meses después fue bautizada y su conversión fue admirable.

Deseaba dedicarse a la vida de Oración y de soledad, pero sus padres dispusieron que tenía que casarse con un hombre llamado Patricio. Este era un buen trabajador, pero de genio terrible, además de mujeriego, jugador, pagano y la hizo sufrir mucho.

Tuvieron tres hijos: dos varones y una mujer. Los dos menores fueron su alegría y consuelo, pero el mayor, Agustín, la hizo sufrir por décadas.

Patricio criticaba el mucho rezar de su esposa. Mónica rezaba y ofrecía sacrificios por su esposo y al fin alcanzó la gracia de que Patricio se hiciera bautizar, al igual que su suegra, mujer colérica que había amargado la vida a la pobre Mónica.

En el año 387 tiene lugar la conversión de Agustín. Una noche, conversando juntos bajo las estrellas dijo a su hijo: “¿Y a mí que más me amarra a la tierra? Ya he obtenido de Dios mi gran deseo, el verte cristiano”. Poco tiempo después, comenzó a padecer una fiebre que en pocos días se agravó, y que le ocasionaba la muerte a los 56 años de edad.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Primera lectura

Lectura del libro de Josué

En aquellos días, Josué reunió a las tribus de Israel en Siquén y llamó a los ancianos de Israel, a los jefes, a los jueces y a los magistrados. Y se presentaron ante Dios.

Josué dijo a todo el pueblo:

«Si os resulta duro servir al Señor, elegid hoy a quién queréis servir: si a los dioses a los que sirvieron vuestros antepasados al otro lado del Río, o a los dioses de los amorreos, en cuyo país habitáis; que yo y mi casa serviremos al Señor».

El pueblo respondió:

«¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses! Porque el Señor nuestro Dios es quien nos sacó, a nosotros y a nuestros padres, de Egipto, de la casa de la esclavitud; quien hizo ante nuestros ojos aquellos prodigios y nos guardó en todo nuestro peregrinar y entre todos los pueblos por los que atravesamos.

También nosotros serviremos al Señor: ¡porque él es nuestro Dios!».

Palabra de Dios / Te alabamos Señor

Salmo Responsorial

R. Gustad y ved qué bueno es el Señor

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos escuchan sus gritos;
pero el Señor se enfrenta con los malhechores,
para borrar de la tierra su memoria. **R.**

Cuando uno grita, el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias;
el Señor está cerca de los atribulados,
salva a los abatidos. **R.**

Aunque el justo sufra muchos males,
de todos lo libra el Señor;
él cuida de todos sus huesos,
y ni uno solo se quebrará. **R.**

La maldad da muerte al malvado,
y los que odian al justo serán castigados.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado quien se acoge a él. **R.**

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstolo San Pablo a los Efesios

Hermanos:

Sed sumisos unos a otros en el temor de Cristo: las mujeres, a sus maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo. Como la Iglesia se somete a Cristo, así también las mujeres a sus maridos en todo.

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son.

Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo.

«Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán os dos una sola carne».

Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia.

Palabra de Dios / Te alabamos Señor

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos

En aquel tiempo, muchos de los discípulos de Jesús, dijeron: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?»

Sabiendo Jesús que sus discípulos lo criticaban, les dijo:

«¿Esto os escandaliza?, ¿y si vierais al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Y con todo, hay algunos de vosotros que no creen».

Pues Jesús sabía desde el principio quiénes no creían y quién lo iba a entregar.

Y dijo:

«Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si el Padre no se lo concede».

Desde entonces, muchos discípulos suyos se echaron atrás y no volvieron a ir con él.

Entonces Jesús les dijo a los Doce:

«¿También vosotros queréis marcharos?».

Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios».

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús

Tablón de anuncios

Grupos de formación septiembre

Catequesis de adultos

Viernes 13, 18.30-20.00

Ulrichshaus, Gaissbergstrasse 1, Kreuzlingen

Sábado 14, 16.30-18.30

Pfarreizentrum St. Maria, Schaffhausen

!!!Empuja!!!



Cuentan que un buen hombre, que vivía en el campo, y sufría graves problemas físicos, recibió un día la visita de Jesús, que le dijo: "Necesito que vayas hacia aquella gran roca de la montaña, y te pido que la empujes día y noche durante un año". El hombre quedó asombrado al escuchar aquellas palabras, pero obedeció y se dirigió hacia la enorme roca de varias toneladas que Jesús le había indicado.

Empezó a empujarla con todas sus fuerzas, día tras día, pero no conseguía moverla ni un milímetro. A las pocas semanas llegó el diablo para tentarlo: "¿Por qué sigues obedeciendo a Jesús? Yo no seguiría a alguien que me hiciera trabajar tanto y sin sentido. Es estúpido que sigas empujando esa roca, nunca la vas a mover". El hombre le pedía ayuda a Jesús para no dudar de su voluntad, y aunque no entendía, se mantuvo firme en su propósito de empujar aquella roca.

Pasaban los meses, y aquel hombre continuaba empujando la roca desde que salía el sol hasta que se ocultaba, sin conseguir moverla. Pero mientras tanto su cuerpo se fortalecía. Sus brazos y piernas se hicieron fuertes por el esfuerzo de cada día. Cuando se cumplió el año, aquel hombre elevó una oración a Jesús y le dijo: "Ya he hecho lo que me pediste, pero he fracasado, no pude mover la piedra ni un centímetro". Y se sentó a llorar amargamente al comprobar su muy evidente fracaso. Jesús apareció en ese momento y le dijo: "¿Por qué lloras? ¿Acaso no te pedí que empujaras la roca? Yo nunca te pedí que la movieras. En cambio, mírate, tus problemas físicos han desaparecido. No has fracasado. Creías que yo te pedía que empujaras la piedra para moverla, pero mis planes eran otros.

Así sucede en muchas ocasiones en nuestra vida cristiana. Nos desanimamos por creer que no hemos cumplido la voluntad de Dios. Por ejemplo, el aparente fracaso ante nuestros esfuerzos por intentar que las personas que nos rodean conozcan a Jesús, el evangelio. Y seguramente esos esfuerzos, aparentemente inútiles, nos estén ayudando a fortalecer nuestra Fe, a reafirmar nuestra vocación de discípulos, que quizá sea lo que Jesús quiere de nosotros en ese momento.

Más información:

<https://www.mcle-tg-sh.ch/de>

